

El detective Landino se levanta muy temprano, desayuna cereales, un vaso de zumo exprimido y café descafeinado. Se viste con pantalón corto y holgado, se pone los zapatos de deportes. Sale en dirección al parque, se detiene en el quiosco de la esquina donde compra el periódico. Continúa el resto del camino haciendo estiramientos suaves para evitar calambres. Llega hasta la entrada. Aún debe esperar 5 minutos hasta que abran el parque. El acceso principal se compone de dos portones de hierro forjado, son grandes y pesados, los barrotes son en forma de espiral, tienen elefantes de cobre intercalados, sujetos por un punto de soldadura en la trompa y otro en la cola.

El doctor Luis Santorini amigo y médico personal de Landino desde hace más de treinta años fue quien le recomendó el paseo matutino por el parque. Hacía tiempo le había dicho “ Coño mi hermano, óyeme una cosa que te voy a decir, los análisis te salieron por las nubes, chico. Bueno más altos que el telescopio jupel ese, pa’ que me entiendas. Tienes que cuidar la dieta, comer bien, chico. Y los whiskys , bueno, deberías limitarte a tomar uno al día, y lo de fumar se va a tener que acabar.” Con la palma de la mano se dio unos golpecitos en el pecho, justo delante del corazón. “Si no la máquina se te va a reventar y sale pa’ fuera chico que si te da un soponcio con quién voy a jugar a las cartas, ¿Con Perozo? ¿Con Brito? No chico, no chico.”

Ese día Landino asintió con la cabeza pero olvidó enseguida el sermón de Santorini y siguió dándole al Cutty y fumando su paquetico diario. Cómo iba a dejar uno de los pocos placeres que se daba.

Sentir el aroma del tabaco mezclándose en su paladar con el sabor a madera ahumada del whisky, el ambiente del club atenuado por el humo gris y denso. El olor a perfume barato y jabón antiséptico.

Una noche de lluvia Landino terminó un informe pendiente, guardó los papeles en el escritorio y salió de la comisaría rumbo al club. Después de un privado con la Cuchi dejó el cuarto atrás con la botella de Champagne en una mano y el cinturón en la otra. Se acercó hasta una mesa donde se encontraba sentado Brito con otros dos hombres que se reían a carcajada limpia y que Landino no conocía. Brito contaba un chiste tras otro, los iba enlazando por temas, era muy bueno. Se estaban desarmando de la risa. Ninguno podía parar de reír. Era contagiosa. Landino sintió que le faltaba el aire pero era inútil luchar, entre más lo intentaba peor se ponía. Presintió que le iba a caer algo gordo como una plaga de dioses vengativos acechando en la oscuridad. Vio alternativamente en cámara lenta y rápida como todo el humo del local pasaba del gris al negro y las caras de sus compañeros se disolvían en el aire. Intentó agitar los brazos en señal de socorro pero le resultó imposible le pesaban tanto como una piscina olímpica. Sintió la nalga derecha arder, sintió como se le acumulaba todo ahí en un punto minúsculo. Un destello. La plaga de dioses vengativos arrasando con todo a su paso, partiéndolo por la mitad. Cayó al suelo duro como un palo de escoba. En su mente reinó el blanco, un blanco que jamás había visto en su vida.

Landino hace la rutina de ejercicios. A continuación da tres vueltas al parque caminando rápido. Se sienta en el mismo banco de madera como cada mañana. El camino principal del parque es de tierra, la tierra está rodeada de árboles, los árboles están rodeados de asfalto. Mantenimiento riega la tierra estéril para que no levante el polvo. Una fila de farolas a espaldas de Landino se apagan en un sincronizado silencio.

Abre el periódico siempre por la misma página:

InvestigacionesLandino.com. Confidencialidad más que garantizada. Luego procede a hojear las noticias aleatoriamente, se detiene en las que le interesan las demás las desecha leyendo el titular con indiferencia. El vagabundo que está acostado en el banco de al lado intenta despertarse. Torpemente dobla la manta que lo cubría. la guarda dentro del saco que cumple las veces de almohada. Con el ceño fruncido, las cejas arqueadas y los ojos vidriosos busca por el suelo el cartón de vino hasta que lo localiza. Toma un sorbo. Una mujer joven viene trotando, lleva unos cables que le cuelgan de las orejas, bajan por sus pechos grandes y firmes gracias al top de licra negro, continúan hasta la cintura y describen una curva cerrada para seguir hasta el brazalete que lleva en el brazo derecho. Es rubia y tiene el pelo recogido con una cola en la base del cráneo. Al pasar delante de los dos espectadores, el vagabundo escupe al tiempo que sigue a la rubia con la mirada, Landino sonrío, el vagabundo vuelve a escupir y se va a mear detrás de un árbol sacudiéndose el pelo frenéticamente. El detective dobla el periódico y lo deja sobre el banco.

Después del ataque vino la recuperación. Le enviaron una carta del ministerio diciendo que aunque se sentían honrados por su servicio no podía seguir en el cuerpo y que le otorgaban una pensión vitalicia.

Los compañeros le hicieron una despedida por todo lo alto, en el club.

“Landino se jubila, después de treinta y cinco años, un buen funcionario, un buen hombre”

Alquiló un despacho y montó la agencia de investigación privada. No necesitaba mucho. Un escritorio, una línea de teléfono, cámara de video, micrograbadora y un vehículo discreto. Tenía contactos. Le iban saliendo trabajos, en su mayoría hacía

investigaciones para empresas o investigaba a personas que intentaban defraudar al seguro fingiendo bajas laborales y cosas por el estilo. Con la pensión y lo poco que hacía en la agencia le daba para seguir yendo a ver a la Cuchi en el club y para unas partidas de cartas también.

Días atrás había recibido una llamada. Una voz suave y ronca lo había citado a las nueve en el despacho diciendo que tenía un trabajito para él.

Mientras camina hacia el despacho, visualiza todo el proceso de cambios que ha sufrido en el último año y ve el final del túnel.

Ella toma el ascensor, presiona el botón del séptimo piso, las puertas se cierran a su espalda. Uno de los tubos fluorescentes del techo titila en repeticiones de siete. Ella silba una melodía indistinguible al tiempo que se arregla un mechón que le sale del peinado.

La puerta del despacho está abierta, aún así la mujer da tres golpes en el marco con el puño a modo de aviso, Landino se asoma está detrás de la puerta archivando unos papeles. El perfume de la mujer inunda toda la habitación es fuerte, dulce y le deja un ligero sabor amargo entre la úvula y la laringe. Ella permanece de pie en la puerta.

- No imaginé que la voz que llamó pudiera pertenecer a una mujer tan...- Dijo.
- Pero pasa, siéntate por amor de Dios.

Landino hace un gesto con la mano indicando una de las sillas que tienen delante, rodea el escritorio y se sienta en la silla de cuero al otro lado.

- Me han hablado bien de ti. Brito dice que tienes suerte con las cartas.

- Eso está bien, rica. Pero hay una gran diferencia entre suerte y habilidad.

- Entiendo.

- ¿En qué te puedo ayudar?

- Puedes llamarme Ruth

Landino se abalanza ligeramente sobre el escritorio.

Con la mirada clavada en los ojos de Ruth, toma una multa que está al lado de la impresora, la arruga para después lanzarla a la papelera. El brillo amarillento de sus ojos dice que tiene más edad de lo que la cirugía la hace aparentar. El dorado de cabina que luce la piel resalta aún más con el traje blanco a dos piezas que mantiene ceñida su figura. Es posible que lleve una talla menos de la que le corresponde. Da la impresión que debajo de la falda en vez de culo lleva dos globos inflados con una gracia deliciosa

- Bueno ¿En qué te puedo ayudar. Ruth?

- Quiero que consigas algo para mí.

- Conseguir se consiguen monedas en la calle o vales de descuento en el supermercado.

- Alguien está en posesión de un objeto. necesito que lo localices y me lo traigas.

Así de sencillo.

-Ya veo. Rica, no se que te diría Brito pero no soy un ladrón de pacotilla. Pásate por el puerto seguro encuentras a alguien que te haga el trabajito.

Ruth se levanta y rodea el escritorio, pasa por detrás de Landino dejándole el aroma del perfume pegado en el bigote. Al llegar al otro lado se inclina, toma un bloc de notas, un bolígrafo y anota una cifra que le extiende al detective. El traje se le abomba, no lleva sostén los senos siguen firmes apuntando al frente, la gravedad no parece afectarlos.

-El veinte por ciento ahora, el resto cuando me hagas la entrega.

Mira la nota, vuelve a los senos, de nuevo a la nota. Finalmente dice sonriendo:

- Bueno rica, soy todo oídos.

La oruga se estira. Con la combinación adecuada de botones y palancas la inmensa boca se adhiere a la superficie redondeada. Desde el interior Midori gira la palanca de la compuerta, el sonido que se produce en la cabina es como el de mil hombres adultos sorbiéndose los mocos. El capitán da el parte del tiempo, día soleado y temperaturas por encima de los 25 grados. Después de agradecer a los pasajeros la confianza depositada en la aerolínea y su tripulación, les desea una feliz estancia en la ciudad.

La terminal es el entorno familiar. Una gran familia de desconocidos que van de un lado para otro, pasaje en mano, observando los monitores, intentando averiguar cual es su puerta de embarque. Una familia de personas que llevan maletitas con ruedas y morrales en la espalda. Midori rueda su maleta hasta la cafetería, toma un café con leche y una pasta. No hay prisa, en la salida nadie la espera. Irá con calma, tomará el autobús luego el metro. Llegará a casa, se quitará el uniforme, se dará un baño. Preparará un plato de comida. Cualquier cosa que le resulte más familiar.

Después del almuerzo toca la siesta. Es una costumbre ancestral en la familia Landino. La comida ha estado bien, pechuga de pollo a la plancha, papas hervidas y ensalada de col. Poca sal. Recostado en el sofá, con el noticiero de fondo, cierra los ojos. Debe trazar una línea de investigación.

La mano como cuenco llena de agua fría se estrella en su cara, toma la toalla y se frota las manos. Sale rumbo al aeropuerto. La terminal está llena, hay gente por todos lados, haciendo cola, caminando, durmiendo. Landino cruza la puerta giratoria de la entrada e instintivamente va a mirar la pantalla de salidas y llegadas. Enseguida recuerda que no ha ido ahí a buscar a nadie ni a tomar un vuelo. Se dirige al mostrador de información y pregunta cuáles son los operadores que vuelan a Tokyo. Recibe una lista de cinco compañías, busca la primera de la lista y se acerca al mostrador, al otro lado hay una joven, hermosa como una botella de coñac caro.

- Buenas tardes señor, en que puedo ayudarle.
- Verás rica, trabajo como asesor para la policía y me han asignado este trabajo que es un poco engorroso y te he visto y he pensado, tal vez está ricura pueda ayudarme.- Landino se acerca un poco para leer la placa que lleva la joven en el pecho. - Que me dices Magdalena, le echas una mano a este viejo en apuros.
- Disculpe señor pero no le entiendo, dígame lo que desea.
- Tengo entendido que la compañía vuela a Japón.
- Eso es correcto señor. Cinco vuelos semanales.
- Bien, necesito la lista de pasajeros de las dos últimas semanas.
- Lo siento pero eso es imposible, la ley...
- Rica.- Interrumpe Landino. - no querrás entorpecer el trabajo de un agente.
- Necesito que me enseñe una identificación.

La chica descuelga el teléfono y marca un número corto. El detective que ha estado observando el mostrador detecta una carpeta con la inscripción "Passengers".

Mientras ella habla él aprovecha la ocasión, sabe que tiene que actuar rápido, pronto vendrá el supervisor acompañado, seguramente, por algún mastodonte con uniforme. Toma la carpeta en un movimiento certero y sale disparado hacia la salida. corre por el estacionamiento, entra al coche. El corazón se le va a salir. Satisfecho mira la carpeta luego clava la vista en la carretera. Arranca lentamente para no levantar sospechas.

Passengers resulta ser un fiasco. Es un manual de detección y contención de pasajeros emocionalmente inestables, todo un compendio sobre cómo actuar ante diferentes situaciones (más de 50 casos hipotéticos).

Después de varios pases por la espalda de Graciela, su gata, toma el teléfono. Pide cintas de arroz con gambas, surtido de makis, refresco y un paquete de cigarros. Va a esperar sentado en el pequeño balcón, observa la calle. La noche empieza a moverse.

Un puñado de ancianos toma café y brandy. Al fondo, a continuación de los baños hay una puerta pequeña con un cartel colgando torcido y lleno de polvo que dice: almacén. Landino abre y baja las escaleras, el techo es tan bajo que debe agacharse, al finalizar hay un espacio amplio con una barra. La luz es tenue, las mesas están llenas de hombres jugando cartas.

- Pensaba que ya no venía mi caramelo -

- Tenía asuntos que arreglar, rica -

- ¿Tenías?. Pues todavía te queda este asunto pendiente, y no estoy segura si puedas arreglarlo.- Ella lo toma de la mano

- Cuchi, rica.

La ropa desperdigada por el suelo da la impresión de haber sido colocada deliberadamente por alguien o algo para aparentar desorden. Un caos controlado. La única luz en la habitación la proporciona la lámpara de la mesita de noche.

Ella juguetea con el pene flácido en sus manos, lo lame, le da ligeros mordiscos, las uñas pintadas de azul arañan la barriga dejándole marcas.

- Y ya ves, tanto que me compliqué y al llegar a casa me doy cuenta que es una mierda de informe. Así que agarré a Graciela y me puse a acariciarle la espalda, sabes me ayuda a pensar.- Cuchi se mete toda la masa fofa en la boca. Sus labios ya no están tan rojos.- Y lo vi ¡coño, estaba ahí delante! fácil y sin problemas, una llamada, tan sencillo como eso.

El pene tenso le abulta el cachete cuando gira la cara para hacerle saber que está escuchándole.

- Llamé al chino y le pedí una buena ración de comida, sabía que iban a enviar al pequeño que habla muy bien nuestro idioma, cuando llegó le dije que llamara al número que me había dado Ruth. Le expliqué bien lo que tenía que preguntar.

Cuchi abre un paquete, saca un condón y lo coloca haciendo uso de su boca. Se frota la vagina con lubricante. Apretando fuerte el pene desde la base se sienta encima, enfrentada a Landino. Al principio cuesta un poco hasta que el gel se riega bien por dentro, luego ella fluye y refluye como las olas.

-Encima el muy jodido chino se ofende, me repite todo el tiempo que él no es chino que en su familia no ha habido un solo chino desde no se cuantas generaciones. Y yo que sé, chino, japo, tailandés, no veo una diferencia significativa. Estuvimos enzarzados un buen rato hasta que le enseñé la cara del rey, puse en la mesa una buena

cantidad. Nada exagerado pero le debió parecer mucho porque se le pusieron los ojos redondos, cogió el dinero y dijo que haría la llamada pero me pidió que no le volviera a decir chino ni toyota, ni nada parecido.

Cuchi desmontó. Quitó el condón revisándolo detenidamente.

-Voltéate- dijo Cuchi dándole una nalgada. Se colocó un cinturón de cuero con un pene de látex en el extremo, lo untó de gel. Acarició las nalgas apartándolas un poco hacia afuera y penetró dejando caer en peso.

-Total.- Dijo Landino apretando los dientes. - Parecía que la cosa iba mal porque según los del anticuario en las dos últimas semanas no había entrado ningún extranjero a comprar. Le dije al chico que preguntara por alguien asiático con pinta de no vivir en Japón. Y adivina que, hace tres días una mujer japonesa vestida con uniforme de aerolínea occidental compró una reliquia parecida a la que busco.

- Ja. Dime si no soy el mejor.

- Eres el mejor. Vamos caramelito acaba.

Landino se concentra, piensa en lo mucho que le gusta, en lo que le gustaba antes de esto, lo que le gustaría en un futuro. Resolver el caso. Ruth y el bronceado ultravioleta. Ruth y la piel tensada por la cirugía.

La crema se aplica en el sentido de las agujas del reloj formando círculos no demasiado grandes. Midori se ve divertida en el espejo con la cabeza envuelta en toalla y la cara completamente verde. Pasa del baño a la habitación, desnuda, se cubre con el albornoz que hay detrás de la puerta, abre la maleta. La ropa sucia por un lado, la limpia la deja sobre la cama, del fondo toma una caja de madera tallada, la abre, admira de

nuevo el hermoso objeto, lo sostiene entre sus manos. Es impresionante. Siente la locura de poseerlo desde que lo vio en el escaparate, de sentirlo. Ahora están ahí enfrentados, dos seres hermosos de naturalezas distintas.

En la calle las farolas proyectan las sombras de forma grotesca.

Te puedes parar delante de la salida, con flores en la mano, el tiempo suficiente como para darte cuenta que en realidad conoces a pocas personas. La idea de los seis grados no funciona en este lugar. Ella sale rodando su maletita, incapaz de notar que él la espera. Landino la ve alejarse y sonriendo deposita las flores en la basura.

La estuvo siguiendo, observando su rutina. Lunes y martes en casa, compra verduras y cerveza. Nadie la visita. Siempre vuela los miércoles.

Ella sale. La ve como baja la calle hasta desaparecer entre la multitud. Estará ausente dos días así que no hay apuro. Landino se va. Tomará un whisky. Renunciará a las cartas, a Cuchi. Volverá de noche. Entrar no será un problema.

En la terminal encuentran un paquete sospechoso, una pareja intenta intentar pasar los controles sin declarar unos dedales que se han tragado la noche anterior. En la cabina del A340-600 se ha encendido la luz del sistema hidráulico indicando que algo va mal. Tras varias comprobaciones abortan el despegue y Midori se queda en tierra, de vuelta en casa tiene ganas de relajarse, de olvidar por completo el mundo. Desconecta el teléfono apaga el celular. Ha decidido hacer una sesión con sus películas favoritas de Audrey Hepburn y comer ensalada de frutas con helado. La noche pasa desapercibida. Se levanta del sofá, ha tenido suficiente cine por hoy. Se merece un baño caliente con sales aromáticas.

El vapor se ha condensado en el espejo del baño, pasa una toalla de manos por la superficie empañada hasta ver su imagen borrosa reflejada. Toma un frasco, unta la crema verde a base de aguacate y pepino en la mano y la riega por su cara formando pequeños círculos que van cubriéndole todo el rostro hasta llegar al cuello. En conjunto con el pelo recogido, desnuda y la cara completamente verde, se siente ridícula. Va hasta la habitación, allí encima de la cama está la reliquia. Es verdaderamente hermosa e intrigante. La toma entre sus manos, la siente. Ve a través de ella como algo late en su interior. El rumor de millones de pensamientos antiguos y futuros la embargan. El haz verde que emana de la piedra le produce una paz profunda. La naturaleza la abraza. Lo incompleto encuentra su parte. Es el mantra universal. El gran orgasmo cósmico. Todo el universo concentrado en su punto de gravedad.

No sabe cuanto tiempo ha pasado pero un ruido la hace volver en si, aturdida y débil tarda unos segundos en comprender que el sonido que proviene de la cocina es de cristales cayendo . ¿La ventana? alguien intenta irrumpir en casa. Un calor como el del desierto la invade, aunque no se aprecia, debajo de la máscara verde, la cara se le ha puesto roja. Sale al pasillo sin hacer ruido . La silueta es desproporcionada gracias a la luz que entra desde el patio. Un gigante ha entrado por la ventana y se dirige hacia la sala. Se desvanece de la cintura para abajo, como un genio entrando en la lámpara, siente que se desmaya. Regresa a la habitación, no se ha dado cuenta pero ha estado sosteniendo la reliquia en su mano izquierda todo este tiempo. Le siguen temblando las piernas, y en consecuencia el cuerpo entero. El armario es grande, puede ser un buen refugio, si se esconde entre la pila de ropa que tiene acumulada dentro. Al pasar la barrera que divide la habitación y el armario, materializada en sendas puertas que se

deslizan, el tótem deja de emanar luz y la oscuridad se vuelve tan grande que Midori jura no haber visto un negro tan profundo en su vida.

Landino sabe que no será difícil entrar. Ella debe estar en algún punto lejano del planeta, confiando en que los aviones vuelan a diferentes alturas. La verja es de fácil acceso. Es un edificio de condominio de tres plantas, la mayoría de los habitantes están jubilados, en el centro hay una piscina bien cuidada, cristalina. La ventana de la cocina es lo suficientemente grande para que pase un hombre de su envergadura, no hay rejas ni nada que se resista, rompe el cristal con la linterna y espera a ver si ocurre algo, pero como imaginaba nadie reacciona, ni siquiera un alma se asoma entre las ventanas que lo rodean.

El apartamento es más bien sobrio, hay pocos adornos, las paredes son blancas y los aparatos parecen ser bastante modernos. El televisor, negro y plano, descansa sobre la repisa central de un mueble hecho a medida con láminas de melamina blancas y negras. También hay una caja negra redondeada al lado conectada con cables al televisor. Los cajones están integrados, no hay palancas ni pomos de los que jalar para abrirlos. El sofá es verde pálido, que hace juego con la mesa central (más bien con el mantel que cubre una parte). Landino inspecciona hasta el más mínimo recoveco, sin resultados. Sabe lo que busca, aunque no lo haya visto.

En ambas paredes del pasillo que comunica con las habitaciones cuelgan fotos de diversos lugares del mundo. Ella con monumentos reconocibles de fondo, la forma plástica del “Yo estuve aquí”.

Al echar una ojeada en el baño se da cuenta que lleva un buen rato sin orinar, a su edad eso no es bueno, él lo sabe, se lo había dicho su médico, Santorini. En un

movimiento ágil apoya la linterna en el hombro izquierdo y ladea la cabeza, sujetándola para que no se caiga, apunta el foco hacia el inodoro, levanta la tapa, se abre el pantalón y descarga. En realidad tenía muchas ganas, pero apenas soltó dos chorros entrecortados. Tal vez la tensión del momento lo había bloqueado. Landino desiste y pulsa el botón de la cisterna, la luz del foco produce destellos fantasmagóricos sobre el agua en movimiento.

Una de las habitaciones está habilitada como despacho, la biblioteca ocupa toda una pared. Hay guías de viaje y algo de literatura, en su mayoría novelas de Agatha Christie. El escritorio cuenta, entre otras, con computadora, impresora y separador de plástico con papel fotográfico de varios tamaños. Clavado encima del escritorio un gran mapamundi lleva chinches repartidas por toda la superficie del planeta.

Las cortinas son oscuras, así que la luz que proviene de la calle no puede colarse. Con la ayuda del foco, Landino, repasa el dormitorio. En la cómoda que está frente a la cama no hay nada aparte de ropa interior, joyas, pinturas, cremas y cosas por el estilo. En la mesita de noche hay una agenda, un libro, gel lubricante, dos bolígrafos, una caja de condones... Ni rastro del artefacto.

Un ruido como de arena cayendo causa un fuerte sobresalto en Landino que está absorto, hurgando en la segunda gaveta de la mesita, instintivamente, apaga la linterna y rueda por encima de la cama, al caer del otro lado echa pecho al suelo amortiguando el golpe con la palma de la mano, gira sobre el hombro derecho y queda enfrentado a la puerta de la habitación. No sabe de donde proviene el sonido pero está ahora en una posición ventajosa por si se ve obligado a defenderse. No puede ser ella ¿Será posible

que tenga un amante o algún familiar que vigilen la casa y él no lo haya averiguado en la investigación exhaustiva que hizo antes de decidir el día propicio.? No lo cree.

El sonido se desvanece y aumenta, es como si hubiese un gigante girando un reloj de arena gigante. Asoma la cabeza por el pie de la cama, no logra identificar la procedencia del sonido pero se da cuenta que del armario sale un resplandor verde, es muy sutil, aun así puede verlo gracias a la oscuridad que lo envuelve. Está ahí, no es una ilusión, la luz late. Se le encoge el estomago y siente las piernas, a partir de las rodillas, como dos sacos de cemento. La lógica le grita desde algún lado que debe ser un aparato electrónico. Sabe que el artefacto es una piedra verde como el jade, pero nadie le dijo que podía emitir luz. Tiene que levantarse y ver que es eso de ahí dentro. El gigante gira de nuevo el reloj.

De pequeña el desorden la salvó, en varias ocasiones, de hacer cosas que no le agradaban, como tener que jugar con el primo que quería meterle mano todo el tiempo o de ir al parque (cosa que odiaba) porque sus padres la castigaban prohibiéndole salir hasta recoger la ropa y ordenar la habitación. Ahora podría salvarle la vida, sólo si se queda inmóvil, con suerte el intruso no busque entre el montón de ropa que está regada por el suelo del armario.

Los pasos amortiguados del intruso retumban en su cabeza, ha entrado en la otra habitación, quizás. No siente las piernas pero sabe que están ahí. Ese vuelo tendría que haber salido, ella estaría en las alturas, ajena al peligro, y, a su regreso sólo tendría que cambiar la cerradura y dar el parte al seguro. El sonido del inodoro descargándose le produce vergüenza y lástima a la vez. Morir desnuda con la cara embadurnada de crema en manos de un desconocido no es precisamente lo que ella considerara una muerte

digna. Los pasos se dirigen hacia donde se encuentra ella, por los bordes del armario puede ver la luz de la linterna. Un chorro de calor baja por la entrepierna formando un charco debajo de ella. Su mano derecha está tan apretada que las uñas se han clavado en la palma, en la mano izquierda sostiene la reliquia, al mirarla queda atrapada por su belleza, el haz de luz verde brota del interior inundando todo el armario. quiere deja de mirarlo pero no puede, quiere que pare. El rumor se hace más fuerte como un ejército de camiones de volteo descargando arena en la playa. El silencio que precede a la explosión violenta de la naturaleza se apodera del cuarto.

Ella siente la vibración de la puerta deslizándose, el grito no le sale de la garganta, le brota del vientre y como un animal que se siente amenazado Midori se abalanza sobre el blandiendo la reliquia.

Landino ve aparecer un monstruo de entre la pila de ropa, retrocede tropezando con la cama, aprieta la mandíbula hasta que una muela se quiebra. Un trozo de hueso se le escurre debajo de la lengua. La plaga de dioses vengadores finalmente lo ha encontrado. El fuego emerge de las tinieblas, justo bajo sus pies. El monstruo con la cara agrietada y verde se abalanza sobre él, con las manos por encima de la cabeza, sostiene un arma que resplandece mil veces más que el sol. Se da cuenta de que algo está a punto de ocurrir, algo tan malo que el mundo da vueltas a su alrededor. Tan terrible que el universo se detiene y deja de crecer. En el punto más oscuro de la noche, el que anticipa el amanecer. Ahí, en un instante, el silencio.